

auténtica y eficaz, y nos haga superar para siempre una caridad de paños calientes.

De vez en cuando oímos acusar a los cristianos de ser elementos pasivos e inútiles en la tarea concienciadora y promocional de la sociedad; de ser elementos retardatarios en hacer una sociedad más justa e igualitaria, sin ningún tipo de privilegios. Y lo que sentimos no es la acusación, sino lo que haya podido darle pie en nuestros hábitos de conducta.

El cristiano, que por esencia se define como hombre en camino, como agente de cambio incesante en una sociedad que siempre ha de ver como perfectible y nunca perfecta, ¿cómo ha podido convertirse en representante de un inmovilismo ciego y trasnochado? ¿Y cómo se le puede ver afincado en el pasado cuando es el hombre del futuro?



LA MIES ES MUCHA

Proyecto para un plan de acción

Quizá, para que los cristianos de Cuenca efectuéramos un auténtico cambio de mentalidad, deberíamos, al lado de una Misión como la que hemos celebrado, empeñarnos en una catequesis a más largo plazo, partiendo del conocimiento real de los problemas y situaciones cotidianas que angustian a nuestros hermanos. Un plan catequético en el que, comprometidos todos, parroquias y movimientos apostólicos, se trabajara durante un par de años en un esfuerzo múltiple por:

—tomar el pulso a todas las necesidades de todos los hombres de Cuenca, escuchando todas sus ilusiones y deseos, quizá nunca expresados;

ayudándoles a tomar conciencia de las situaciones en que viven, situaciones con exigencia de cambio:

—buscar entre todos la luz que oriente desde el Evangelio la variedad de caminos a seguir y el testimonio a dar por cada cristiano en los momentos actuales, que atravesamos;

—arriesgarnos en un compromiso concreto, a nivel individual y colectivo, según unas metas concretas a conseguir en la transformación cristiana de nuestros hombres, nuestra sociedad y sus estructuras.

Este esfuerzo podría realizarse en dos fases:

—una primera, a nivel de grupos, formados en la base; estos grupos podrían también celebrar varias reuniones de zona, que impulsasen y orien-

tasen su marcha, fijando los objetivos y comprobando su realización;

—la segunda, a nivel diocesano, con los representantes de todos los grupos, en la que se llegase a la formulación válida de los puntos anteriormente indicados y al compromiso colectivo.

Y terminamos. Esta es nuestra aportación a esta obra en que, por la gracia de Dios, estamos embarcados. Quizá se nos pueda tachar de soñar con imposibles. Pero la esperanza nos hace creer en el movimiento irresistible, que arrastra las cosas todas hacia un punto poderoso de convergencia y atracción: Jesús, el Señor.

Juan José MARTINEZ RUBIO

